

LA GRAN OPORTUNIDAD PERDIDA: EL FRACASO DE LAS «JORNADAS DE ARGEL» DE 1601 Y 1602

Francisco VELASCO HERNÁNDEZ
Catedrático de Historia
Recibido: 22/02/2021 Aceptado: 23/03/2021

Resumen

En los años de 1601 y 1602, la Monarquía hispánica va a organizar dos grandes expediciones con el objetivo de conquistar Argel. Para ello movilizó una gran cantidad de naves de guerra (escuadras de galeras de Génova, Nápoles, Sicilia y España), así como de tropas españolas e italianas, bien pertrechadas y armadas, y dispuestas a ocupar la principal guarida corsaria del Mediterráneo. La primera expedición se detuvo a 30 millas del puerto argelino, y su almirante jefe, Juan Andrea Doria, la abortó al observar un fuerte viento contrario. La segunda ni siquiera avanzó más allá de Mallorca, el punto elegido para la reunión de las escuadras.

En este artículo analizamos el desarrollo y desenlace de estas dos expediciones, el porqué de su fracaso y las consecuencias posteriores que tuvieron, apoyándonos en la documentación conservada en el Archivo General de Simancas, el de la Corona de Aragón y los archivos municipales de Cartagena, Murcia y Lorca, además de en algunos informes de personas contemporáneas a los hechos.

Palabras clave: regencia de Argel, reinado de Felipe III (España), expediciones navales, escuadras cristianas de galeras.

Abstract

In 1601 and 1602 the Spanish monarchy organised two large expeditions to conquer Algiers. To do so, it mobilised many warships (squadrons of galleys from Genoa, Naples, Sicily, and Spain), as well as Spanish and Italian troops, well equipped and armed, and ready to occupy the main corsair hide-out in the Mediterranean. The first expedition stopped 30 miles from the Algerian port and was aborted by its chief admiral, Juan Andrea Doria, who noticed a strong headwind. The second did not even advance beyond Majorca, the point chosen for the meeting of the squadrons.

In this article we analyse the development and outcome of these two expeditions, the reasons for their failure and the subsequent consequences they had, based on the documentation preserved in the General Archives of Simancas, the Crown of Aragon and the municipal archives of Cartagena, Murcia and Lorca, as well as some reports by people contemporary to the events.

Key words: regency of Algiers (17th century), reign of Philip III (Spain), naval expeditions, Christian squadrons of galleys.

Introducción

LA historiografía ha considerado tradicionalmente el reinado de Felipe III como un periodo pacífico en lo que a la política exterior se refiere, en contraste abierto con el de su padre, que se caracterizó por un intervencionismo activo en el Atlántico norte y en el Mediterráneo. Incluso se acuñó la expresión *Pax Hispanica* para referirse a una nueva etapa en la que la hegemonía española era evidente en Europa y durante la cual la diplomacia se fue imponiendo a las armas¹.

Es verdad que se firmaron paces con Francia (Vervins, 1598), Inglaterra (Londres, 1604) y las Provincias Unidas (tregua de los Doce Años, 1609), pero no es menos cierto que en los inicios de su reinado se prolongó la beligerancia de su predecesor Felipe II tanto contra Inglaterra como contra Holanda, e incluso se mantuvo, más virulenta que nunca, la guerra con las regencias berberiscas. Por este motivo, en los últimos años comienza a replantearse el carácter pacifista del monarca, al menos en el comienzo de su reinado, donde sí mantuvo una política agresiva en el exterior².

(1) ELLIOTT, John H.: *La España imperial*, Vicens Vives, Barcelona, 1972; p. 349; GARCÍA GARCÍA, Bernardo J.: *La Pax Hispanica: política exterior del duque de Lerma*, Leuven University Press (Avisos de Flandes 5), Lovaina, 1996.

(2) ALLEN, Paul C.: *Philip III and the Pax Hispanica, 1598-1621: The Failure of Grand Strategy*, Yale Historical Publications, New Haven-Londres, 2000, y PÉREZ BUSTAMANTE, Ciriaco: *La España de Felipe III. La política interior y los problemas internacionales*, t. XXIV de la *Historia de España* de Menéndez Pidal, Espasa Calpe, Madrid, 1996.

Pero, a diferencia de su padre o de su abuelo, Felipe III procuró, siguiendo el consejo del duque de Lerma³, intervenir en campañas concretas con el menor coste posible, y no involucrarse en grandes y largas guerras que hipotecaran la capacidad financiera de la Corona. Son las denominadas «empresas de reputación», en las que el joven rey quiso labrarse un prestigio personal acorde con el de sus antepasados. Kinsale, Ostende o las realizadas en el Magreb (Argel, Túnez, Larache y La Mamora) son muestras evidentes de esta política, que solo se verá empañada al final de su reinado con la decisión errónea de intervenir en la guerra de los Treinta Años en apoyo de los Habsburgo austriacos.

Argel, sin embargo, constituía una antigua asignatura pendiente, una especie de obsesión en la que se había fracasado repetidamente. Le había ocurrido a Diego de Vera en 1516, a Hugo de Moncada en 1518 y, sobre todo, a Carlos V en 1541⁴. En aquellos momentos hubiera sido relativamente asequible conquistar la ciudad berberisca, pero a comienzos del siglo XVII la populosa urbe norteafricana se había convertido en una peligrosa potencia naval, muy bien defendida tras sus imponentes murallas y fortalezas. El elemento sorpresa era, sin duda, el mejor aliado con que podía contar el ejército cristiano para conseguir una «jornada» exitosa. A esta baza se agarró férreamente el jefe de la expedición, Juan Andrea Doria, aunque luego fallara estrepitosamente en lo más sencillo: desembarcar las tropas en tierra.

Para la confección de este artículo nos hemos valido de la documentación conservada en el Archivo General de Simancas (secciones de Estado y Guerra Antigua), el de la Corona de Aragón (Consejo de Aragón) y los archivos municipales de Cartagena, Murcia y Lorca; de lo contenido en los informes de algunas personas cercanas a los hechos, como Diego de Haedo, Jerónimo Conestaggio, Enmanuel d'Aranda y el padre Dan, así como de la escasa bibliografía existente sobre el tema.

La movilización de navíos de guerra en los puertos ibéricos para las campañas de Kinsale, Ostende y Argel

Las empresas de reputación más destacadas del inicio del reinado de Felipe III fueron las campañas de Kinsale (Irlanda), el sitio de Ostende (Flandes) y sobre todo las dos expediciones contra Argel. El socorro a Kinsale se enmarca en la conocida como guerra de los Nueve Años o «rebelión de Tyrone», a la que acudió la Monarquía española en apoyo de los rebeldes irlandeses envian-

(3) FEROS, Antonio: *El duque de Lerma. Realeza y privanza en la España de Felipe III*, Marcial Pons Historia, Madrid, 2002.

(4) BUNES, Miguel Ángel de: *Los Barbarroja: corsarios del Mediterráneo*, Alderabán, Madrid, 2004, pp. 60-61 y 81-82; ALONSO ACERO, Beatriz: *Argel 1541. La campaña de Carlos V según Diego Suárez Montañés*, Polifemo Ediciones, Madrid, 2019.

do en septiembre de 1601 un contingente de 33 embarcaciones y 4.432 hombres. Parte de esta armada fue dispersada por una tormenta, y solo 3.000 soldados pudieron desembarcar en Kinsale, donde se hicieron fuertes. Los ingleses contraatacaron con un ejército muy superior (10.000 soldados y 600 caballeros) y los bloquearon. La ayuda enviada desde La Coruña el 7 de diciembre no fue suficiente, ya que cuatro de las diez naves se perdieron en un temporal y el número de soldados desembarcados fue escaso. La batalla librada a finales de ese mes en Kinsale fue muy desigual, pues los españoles se quedaron prácticamente solos tras la huida de las tropas irlandesas de O'Neill y O'Donnell, y tuvieron que pactar una capitulación lo más honrosa posible con los ingleses, que les permitieron volver a La Coruña con sus armas, dinero y víveres. Las bajas por parte española fueron poco considerables (90 muertos y 52 heridos)⁵.

Mucho más trágico fue el sitio de Ostende (1601-1604), la única plaza controlada por los holandeses en Flandes. Esta ciudad sufrió un duro asedio de más de tres años en el que perecieron cerca de 100.000 personas, en su mayoría militares al servicio de la Monarquía hispánica. El resultado final fue una pírrica victoria española que resultó ruïnosa en todos los aspectos, no solo por el número de bajas sino también por el coste económico de la empresa, que fue en gran parte responsable de la bancarrota de 1607. De resultas de ella, las tropas del Rey Católico consiguieron tomar una ciudad totalmente devastada por la artillería y con una población muy diezmada por el cansancio y las enfermedades. El desgaste de unos y otros fue tan grande que se impuso una tregua no escrita en el invierno de 1604-1605, preludio de la tregua de los Doce Años, firmada en 1609⁶.

En el caso de Argel, se organizaron dos campañas (en 1601 y 1602) con el objetivo de sorprender a la principal guarida corsaria del Mediterráneo y destruirla. Pero, como veremos, ambas campañas serían un auténtico fiasco. Este despliegue militar del inicio del reinado de Felipe III obligó a una amplia movilización de naves de guerra y transporte, así como de soldados, armamento y víveres. La concentración de estas unidades navales en algunos puertos mediterráneos (Málaga, Cartagena o Palma de Mallorca) y atlánticos (Cádiz, El Puerto de Santa María, Lisboa o La Coruña) despertó un enorme recelo entre las autoridades de las regencias berberiscas y puso en alerta a sus fuerzas navales, que se trasladaron a las costas españolas para recabar información sobre su destino definitivo, sobre todo en la campaña de 1602.

(5) ESTEBAN RIBAS, Alberto Raúl, y SAN CLEMENTE DE MINGO, Tomás: *La batalla de Kinsale. La expedición de Juan del Águila a Irlanda (1601-1602)*, HRM Ediciones, Zaragoza, 2013, y más extensamente en G.^a HERNÁN, E., y otros (eds.): *Irlanda y la Monarquía Hispánica: Kinsale 1601-2001. Guerra, política, exilio y religión*, CSIC (Biblioteca de Historia), Madrid, 2002.

(6) DE MESA GALLEGO, Eduardo: *La pacificación de Flandes. Spínola y las campañas de Frisia (1604-1609)*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2009.

Un plan para atacar Argel

A comienzos del siglo XVII, Argel era uno de los puertos mejor fortificados del Mediterráneo, e incluso de Europa. Y así permaneció durante muchas décadas, hasta bien avanzada la centuria siguiente. Estaba claro que Jeireddín Barbarroja y sus sucesores habían hecho un espléndido trabajo con la construcción de las sólidas murallas y fortalezas que lo envolvían, y a las que habían dotado de un temible potencial artillero.

Los viajeros que la conocieron en esos siglos no dejaban de sorprenderse cuando se aproximaban a ella desde el mar. Su primera visión era la de una enorme muralla flanqueada por fuertes que abrazaba toda la ciudad, desde el puerto hasta la falda de la montaña. Según Diego de Haedo, que vivió en ella en la década de 1580, tenía la forma de un arco con su cuerda, de tal manera que el arco poseía una longitud de 1.800 pasos y la cuerda de unos 1.600, lo que en total comportaba un recorrido de 3.400 pasos, con una altura media de unos treinta palmos excepto en la marina, donde aumentaba a cuarenta. Su grosor oscilaba entre once y doce palmos, y estaba hecha de buena cantería⁷. La flanqueaban un buen número de baluartes, sobre los cuales había desplegada gran cantidad de artillería, de tal forma que el historiador Moulay Belhamissi la llama la «ciudad de los mil cañones»⁸, algunos de ellos con un alcance de tres kilómetros y una gran precisión. Tal era el caso del famoso cañón veneciano con el que el dey «Mezzo Morto» disparó al embajador francés Le Vacher en 1683, en represalia por el bombardeo con que el almirante Duquesne estaba castigando a la ciudad⁹. También el primitivo muelle de la ciudad se había reforzado con una nueva muralla de trescientos pasos de longitud, diez de grosor y quince de altura, y fue guarecido en 1573 por el bajá Arabamat con otra muralla en torno al viejo peñón, con objeto de evitar que fuese tomado en un desembarco¹⁰. Tenía 130 brazas de largo, ochenta de ancho y quince pies de profundidad, y podía alojar una treintena de embarcaciones, aunque los grandes navíos de guerra no podían refugiarse en él por ser un lugar un poco estrecho; de ahí que se auxiliasen para ello de puertos próximos como Cherchel, Jijel, Bugía o Bona¹¹.

Todos estos detalles eran bien conocidos por el capitán francés Jacques Roux, cuya experiencia al mando de una galera de la escuadra del gran duque de Florencia le había reportado una información bastante valiosa sobre cómo sorprender a la ciudad norteafricana. En el año 1599 se entrevistó con Juan Andrea Doria, príncipe de Melfi y capitán general de las galeras de Génova, al

(7) HAEDO, Diego de: *Topographia e historia general de Argel*, Valladolid, 1612, f. 4v.

(8) BELHAMISSI, Moulay: *Alger, la ville aux mille canons. Remparts et canons de la Casbah*, Editions ANEP, Argel, 2009.

(9) TINNISWOOD, Adrian: *Pirates of Barbary: Corsairs, Conquests, and Captivity in the Seventeenth-Century Mediterranean*, Nueva York, 2010, p. 242.

(10) HAEDO: ob. cit., f. 4v.

(11) BELHAMISSI, M.: *Histoire de la marine algérienne (1516-1830)*, Entreprise nationale du livre, Argel, 1986, p. 46.

cual expuso un ingenioso plan, de escaso coste presupuestario y sin muchos riesgos, para tomar el puerto berberisco. Se trataba de introducir en su ensenada cuatro naves de guerra, disfrazadas de barcos mercantes pero cargadas de armas y soldados. Las naves atracarían en el puerto pequeño y, una vez desembarcados los soldados, estos se apoderarían de la puerta cercana a la marina y entrarían en la ciudad llamando a las armas a los numerosos esclavos cristianos, que se sumarían a las fuerzas de ocupación¹². Roux sustentaba el éxito que vaticinaba a su plan en varios supuestos:

- que desde mediados de junio comenzaba a salir de la ciudad la mayor parte de su guarnición, que estimaba en 7.000 u 8.000 turcos, con destino a las tierras del interior, para hacer cobrar a las cabilas indígenas los tributos o «garama», indispensables para el mantenimiento de la abigarrada población de Argel (cereales, ganados, dinero, etc.);
- que a ella se sumaba otra gran parte de jenízaros y corsarios que partían en las galeotas a sus campañas de saqueo en Italia y España;
- que casi todos los propietarios se retiraban a sus casas de campo, ocupados en la recolección de las cosechas o para ponerse a refresco del calor estival de la urbe.

De lo cual resultaba una ciudad escasamente defendida por no más de 2.000 soldados, muchos de ellos ancianos o impedidos, quienes, confiados además en la imposibilidad de un asalto exterior, descuidaban las guardias y ponían pocos centinelas.

Las observaciones del capitán francés eran totalmente ciertas, pues esta dinámica militar, muy arraigada desde los tiempos de Barbarroja, se mantuvo inalterada durante décadas, como bien confirman algunos contemporáneos como Enmanuel d'Aranda o el padre Dan¹³. Pero, aunque la propuesta de Jacques Roux le seducía, el desconfiado Juan Andrea Doria envió un capitán español, Antonio de Rojas, a la ciudad berberisca a confirmar la veracidad de todos los detalles expuestos por aquel, con orden de que, una vez recabada la información precisa, se dirigiera a la corte de Madrid a informar al rey. Y, como también comprendió que se trataba de una aventura en la que solo se arriesgaba una pequeña pérdida a cambio de una gran ganancia, envió al francés a España para que explicara su proyecto a Felipe III.

Entretanto, el viejo marino genovés comenzó a alumbrar un plan a mayor escala para preparar un hipotético asalto al principal puerto corsario del Mediterráneo. El capitán Rojas no tardó en confirmar como ciertas las observaciones del mercenario francés, y cuando este último regresó de Madrid y se

(12) CONESTAGGIO, Jeronimo: *Rapporto sui preparativi fatti per sorprendere Alger*, Venecia, 1602.

(13) DAN, Pierre: *Histoire de Barbarie et de ses corsaires...*, París, 1637, libro 1.º, cap. 3.º, y D'ARANDA, Emmanuel: *Relation de la captivité et liberté du Sieur Emanuel d'Aranda*, París, 1662, ff. 158-162.

entrevistó nuevamente con Doria, el almirante italiano –quien había observado lo hablador que era el galo, se percató de que no era persona adecuada para guardar un secreto, y menos aún uno de esta envergadura– lo despachó con cortesía ligur para Francia con algunas monedas en el bolsillo, argumentando que su plan era atractivo, pero el rey no podía aventurar sus tropas en una empresa tan incierta. La oportunidad para poner en práctica su plan no tardó en surgir.

La jefatura de Juan Andrea Doria y la prevención de efectivos

Como dijimos al principio, en el año 1598 España firmó con Francia la paz de Vervins, pero quedó sin resolver la cuestión del marquesado de Saluzzo, ocupado por el duque de Saboya diez años antes. Las presiones francesas hicieron que el duque Carlos Manuel I buscara el apoyo español, aunque el monarca habsburgo se mantuvo neutral, si bien le prestó una discreta asistencia militar. Pese a ello, Felipe III reforzó la guarnición española en el ducado de Milán con tropas procedentes de la Península y de otras partes de Italia. Francia acabó invadiendo ese territorio, y a punto estuvo de provocar una nueva guerra con España; sin embargo, finalmente se llegó a un acuerdo, sancionado en la paz de Lion de 17 de enero de 1601, por la cual se intercambiaba Saluzzo por las tierras de Bresse y Bugey, en la comarca del Ródano (actual Saboya francesa)¹⁴.

Una concentración tan importante de tropas en Milán hizo pensar al rey y a sus consejeros en la posibilidad de emplearlas aquel verano en una empresa importante. Entre las propuestas que se barajaron pronto adquirió un mayor significado la posibilidad de emprender la «jornada de Argel». Pocas campañas podrían otorgar al rey un mayor prestigio que la de acabar con el nido de corsarios más odiado de Europa, justo el lugar donde antes habían fracasado su padre y su abuelo.

El veterano almirante Juan Andrea Doria fue el encargado de planificar y coordinar los preparativos de una campaña que se organizaba con el máximo secreto. Doria tenía una excelente hoja de servicios a la Corona, pues entre otros cometidos había participado de forma destacada en la batalla de Lepanto y había sabido mantener a raya a los corsarios berberiscos¹⁵. Pero construir un ejército para esta empresa, abastecerlo, llevar soldados y aventureros a bordo, y hacerlo todo en secreto era, por muchas razones, algo muy difícil de ejecutar. Las galeras al servicio del rey eran escasas, y algunas de ellas estaban en mal estado y necesitaban reparaciones. El monarca se apresuró a pedir a los príncipes vecinos que prestaran las suyas, al tiempo que ordenaba a los virre-

(14) TURREL, Denise: Introducción a *Le Traité de Lyon (1601)*. *Cahiers d'Histoire*, núm. 46-2, 2001, 1-4.

(15) BRACCO, Raffaele: *Il principe Giannandrea Doria: conservator patriae libertatis, conte di Loano, fondatore di S. Agostino*, Génova, 1960.

yes de Nápoles y Sicilia que prepararan no solo las galeras y las tropas a embarcar, sino también los alimentos y las municiones necesarias. Además, comisionó a Doria con diversos poderes para que sus órdenes fueran obedecidas por el resto de los gobernantes italianos en lo que a la jornada de Argel se refería. Como sabía lo peligrosa que era la costa de Berbería desde el otoño hasta finales de febrero y que los corsarios estarían inactivos, pidió a todos los ministros que estuvieran dispuestos a aportar la mayor actividad posible para cumplir las órdenes del rey.

No todas las autoridades de Italia acataron las órdenes del príncipe de Melfi. El conde de Fuentes, gobernador de Milán y general del ejército del rey, no quedó satisfecho con las primeras instrucciones que había recibido para entregar a Doria algunas de sus tropas, por lo que exigió que se le enviara una nueva orden desde España. En Nápoles, donde las galeras del reino debían mantenerse preparadas con la orden expresa de que no abandonasen la costa, el virrey les permitió partir hacia levante en corso, de donde no regresaron hasta el 7 de julio, agotadas y necesitadas de muchas reparaciones. Las galeras de Sicilia permanecían ociosas en los distintos puertos, y algunas de ellas estaban sin despalmar y carenar.

A mediados de junio, antes de partir de Génova, Doria envió a estas autoridades cartas donde les ordenaba que apresuraran el apresto de las galeras y los barcos de transporte, a fin de que estuvieran listos para embarcar los soldados y provisiones. En ese momento aún no conocía la mala ejecución de sus órdenes pero, conforme navegaba hacia el sur de Italia, fue percatándose de las negligencias y la desidia de algunos de los gobernantes, y cobrando consciencia de que le sería casi imposible reunir en un tiempo tan limitado semejante cantidad de galeras y tropas.

La complicada salida de las escuadras de galeras

El 27 de junio, Doria comenzó a embarcar, en las galeras mandadas por su hijo Carlo Doria, a los soldados españoles e italianos procedentes de Milán. Finalmente partió el 4 de julio con la galera real y las de su asiento, además de con otras cinco del Papa, seis de la república de Génova, cuatro del gran duque de Florencia y el resto de las tropas que llevaba consigo. El 9 de julio envió una carta al duque de Sessa desde el golfo de La Spezia, para comunicarle el retraso que había sufrido por el mal tiempo y que las galeras del Papa apenas servían para llevar a bordo las compañías del duque de Parma¹⁶.

La obsesión por no levantar sospechas entre los argelinos le llevó a trazar una trayectoria ilógica, pues en vez de seguir una ruta directa desde Génova a Mallorca, donde estaba acordado el punto de reunión de todas las escuadras, decidió navegar hacia el sur en dirección a Nápoles. El tiempo adverso no le

(16) Archivo General de Simancas (AGS), Estado, leg. 1431, n° 110.

permitió fondear en ese puerto hasta el 15 de julio, pero para su sorpresa, aunque todos los pertrechos y vituallas estaban listos y acopiados por el virrey, las galeras de ese reino, al mando de Pedro de Toledo, aún no habían llegado. Doria escribió una queja al rey por esta negligencia y, aunque a última hora llegaron las galeras en cuestión, su estado era tan calamitoso que, el día 17, decidió partir hacia Sicilia sin ellas¹⁷. Protestaba también porque aún no se sabía nada de las galeras de España y porque las galeras de Nápoles prometidas habían quedado reducidas de veinte a dieciséis.

La mañana del 19 de julio, Doria llegó al puerto siciliano de Mesina. Aquí, como en Nápoles, se encontró las galeras de este reino sin preparar, a pesar de que había prevenido para ello al duque de Maqueda cuatro meses antes. Su malestar con la desorganización de la empresa iba en aumento, y así se lo hizo saber al rey en una carta de 1.º de agosto. En ella se lamentaba del importante retraso que le estaba produciendo la incuria de los mandos de las galeras de Nápoles y Sicilia; de que aún no había llegado la escuadra de España, que le hacía mucha falta; del mal estado en que se encontraba toda la armada real; de lo malparadas que habían aparecido las galeras de Nápoles, con su general bastante enfermo por añadidura, y de otros muchos detalles que trataba de omitir. Pero para ganar tiempo Doria había tomado algunas decisiones que creía acertadas; por ejemplo, enviar por delante a su hijo Carlo con 26 galeras (cinco del Papa, seis de Génova y quince de las de su cargo) con orden de ir a Mallorca y aperebir todos los soldados posibles, así como de contratar a los mejores pilotos que encontrase, además de algunas fragatas y bergantines de los que se pudieran valer, «porque harán menos ruido que galeras disfrazadas como galeotas»; también había mandado a las galeras de Malta –las cuales se habían incorporado a última hora– que volviesen a su isla para mostrarse por allí y despistar a los espías argelinos; por último, al conde de Buendía lo había enviado a Nápoles para que, una vez allí, volviese con las de ese reino a Palermo, donde Doria le esperaría con sus galeras para rebajarles la carga y poder navegar así con menos peligro de ahogarse si les sobreviniera algún temporal¹⁸.

El 2 de agosto, Doria llegó a Palermo, puerto al que las galeras de España tenían orden de ir para completar su apresto. Por fin las galeras de Sicilia recalaron allí el 4 de agosto. Curiosamente, mientras que el número de galeras prometidas para la campaña había disminuido, el de embarcaciones auxiliares había aumentado, así como el de soldados –de hecho, 1.000 soldados del batallón de Calabria fueron embarcados y partieron hacia Palermo, adonde llegaron el día 4–. Aunque tarde, las escuadras de Nápoles y de España fondearon en Trápani, donde se les unieron las galeras de Toscana, si bien las napolitanas tuvieron que volver a embarcar a sus soldados. Como vemos, las negligencias e ineptitudes de unos y otros habían provocado un sinfín de retrasos que acabarían perjudicando el éxito final de la empresa.

(17) *Ibidem*, n.º 112.

(18) *Ib.*, n.º 119.

Una vez agrupadas todas, las escuadras al fin navegaron hasta Cerdeña, y el día 10 llegaron a la isla de San Pedro, donde el mal tiempo las obligó a quedarse los días 12 y 13, hasta que volvieron a zarpar con una gran ráfaga de viento –que provocó la pérdida de una falúa, aunque la tripulación se salvó–. Pero una vez más tuvieron que refugiarse en Cerdeña, en el puerto deshabitado de Gonti, hasta que pudieron volver a salir y hacer la travesía directa con Mallorca el día 19.

Toda esta fuerza naval fue llegando a ráfagas al puerto de Palma. El 12 de agosto fondearon la galera real española y las veinticinco que Juan Andrea Doria había mandado por delante con su hijo Carlo. El día 22 arribaron las otras cuarenta y cuatro que habían salido de Cerdeña con el príncipe Doria al mando. El día 28 se les pagó la soldada a unos y a otros: a los españoles, en la Puerta de Santa Catalina, y a los italianos, en el campo de Mosén Torrella. También se les unieron cuatrocientos mallorquines y diversos caballeros del reino¹⁹.

El fracasado ataque a Argel en el verano de 1601

Después de abonada la soldada, y tras un consejo de guerra que duró varias horas, los mandos de la expedición anunciaron a sus soldados que desde ese día 28 tenían el beneficio del jubileo concedido por el papa Clemente VIII, «declarando que el que muriere en esta Jornada assí peleando, como de buena muerte, va absuelto a culpa y a pena»²⁰. Los bendijo también el obispo legado, que iría con ellos a Berbería.

La armada que partió de Mallorca estaba compuesta por 60 galeras, distribuidas de la siguiente manera: la real, con dieciséis de Génova y dos del duque de Saboya (a sueldo del rey), mandadas por Carlo Doria; dieciséis de Nápoles, lideradas por Pedro de Toledo; doce de Sicilia, dirigidas por Pedro de Leiva; once de España, al mando del conde de Buendía; cinco del Papa, bajo la tutela del comandante Magnolotto; seis de la república de Génova, capitaneadas por el conde Gio y Tomaso Doria; y cuatro de la orden toscana de San Esteban, gobernadas por Marco Antonio Calafatto. Pero las de Nápoles, Sicilia y España se hallaban en mal estado y sufrían tal penuria de remeros que, para que las otras pudieran estar adecuadamente provistas, fue necesario tomar en Mallorca la guarnición de una de las escuadras. En total se habían embarcado más de 10.000 soldados. Entre ellos, 1.600 españoles del tercio de Lombardía, 1.000 del de Bretaña, 2.000 del de Nápoles y 1.200 del de Sicilia, además de 500 del

(19) DEYÁ BAUZÁ, Miguel José: «La política mediterránea de Felipe III vista desde el archipiélago balear (1601-1608)», en MATA INDURÁIN, Carlos, y MOROZOVA, Anna (eds.): *Temas y formas hispánicas. Arte, cultura y sociedad*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra (Biblioteca Áurea Digital [BIADIG] 28), Pamplona, 2015, 69-83, p. 72.

(20) GARCÍA GARCÍA, B.: «Ostende, Kinsale y Argel: tres empresas para Felipe III», en *Irlanda y la Monarquía Hispánica...*, p. 242.

ejército del gobernador Antonio Quiñones; a ellos se sumaban 2.500 italianos al mando de Bernabé Barbo, y otros 1.500 del batallón del reino de Nápoles. También las galeras del Papa se habían ofrecido a poner en tierra 350 buenos soldados y otros 400 las de Toscana. A toda esta tropa se añadía un buen número de caballeros notables, como el duque de Parma (con 200 jinetes), el de Bracciano, el marqués de Elche (primogénito del duque de Maqueda), el gran comendador de Aragón, el conde de Celano, el marqués de Garesfi y otros capitanes y hombres de armas destacados, como Hércules Gonzaga, Gio Geronimo Doria, Aurelio Tagliacarne o Diego Pimentel. Al frente de este ejército de tierra se encontraba el maestre de campo Manuel de Vega Cabeza de Vaca, experimentado general de Flandes designado por Doria, y como segundo, el general de caballería Alonso Idiáquez.

Gracias a la pericia y experiencia de los pilotos mallorquines que había contratado Carlo Doria, la expedición llegó directa y sin ningún contratiempo a la vista de las costas de Berbería sobre las ocho de la mañana del 30 de agosto. Se encontraba a tan solo 60 millas de Argel²¹.

El plan de ataque, aprobado en el consejo de guerra del día 28, era el siguiente: las galeras debían avanzar todas juntas hacia la ciudad y detenerse a una distancia suficiente para no ser vistas desde tierra. Llegados a ese punto se embarcarían en botes pequeños 300 arcabuceros, provistos de varios explosivos para atacar la puerta de la ciudad (la de la marina). Destruída esta y tomada por los soldados, la armada debía desembarcar de forma rápida al ejército. El plan era sencillo y fácil de ejecutar, pero también se tomaron medidas para rescatar a los arcabuceros en caso de que no logran apoderarse de la puerta. Las naves designadas para marchar las primeras en su ayuda fueron la real junto a quince de las mejores galeras.

Según el capitán general de la escuadra de galeras de Nápoles, Pedro de Toledo, con quien el príncipe Doria había tenido un fuerte desencuentro, las galeras llegaron a las ocho de la mañana del día 30 a 60 millas de Argel, y perdieron absurdamente ese día «porque no nos acercamos pudiendo llegar a treynta millas desarbolados, sin ser descubiertos, y esta diligencia la remitimos para el bien...»²². Al viejo almirante Doria le preocupaban hasta la obsesión dos posibles contratiempos: que los argelinos pudieran descubrir la armada y sus planes de desembarco y, sobre todo, que se desencadenase una tempestad. Sin duda conocía a fondo la frustrada expedición del emperador Carlos V contra Argel, desbaratada de forma trágica por un terrible temporal a finales de octubre de 1541. Ese pudo ser el motivo por el que el 31 de agosto, después de avanzar hasta menos de treinta millas a la vista de Argel, en vez de lanzar los botes con los 300 arcabuceros provistos de explosivos, decidió enviar unas falúas a observar el tiempo y reconocer el terreno más propicio para desembarcar, desaprovechando así una excelente jornada veraniega. Parece ser que los pilotos de esas falúas se perdieron y no regresaron hasta la noche.

(21) *Ibidem*.

(22) *Ib.*

Durante esa noche y las primeras horas de la madrugada del 1 de septiembre, se inició el embarque de los arcabuceros en varias falúas y fragatas, pero poco a poco comenzó a soplar de levante el llamado «viento griego», que se hizo más violento a medida que pasaban las horas. Según Doria, ganó tal virulencia que no solo fue necesario recoger a los soldados que se habían subido a las fragatas, sino que hubo que sacar de allí a toda prisa las galeras, que de otra forma se habrían perdido. En una carta al rey, escrita más de dos meses después de la jornada de Argel, el almirante genovés aún insistía en que ese «viento ruin» había durado quince días, y ello justificó que no acometiera un segundo intento y que licenciara a las tropas y galeras nada más volver a Mallorca²³. Pero otros muchos tenían una opinión muy diferente. El citado Pedro de Toledo señalaba que, aunque «tubimos más mar y biento, sin preguntarnos que nos parecía (...) encendió fanal y nos bolvimos a Mallorca, y deshizo la Armada antes de esperar la respuesta de España, y dos días después llegó un navío de Argel y dio aviso que no le tenían de nosotros, ni havía dentro mil genízaros, y estos biejos y mancos (...) es lástima (...) que a primera ympresa hemos dado este cobro ...». Otros recriminaban a Doria también que, una vez abortado el ataque sobre Argel, no lo hubiera intentado sobre Bujía, como se le había indicado en las órdenes recibidas del rey. En cualquier caso, la mayor parte de las galeras y de las tropas embarcadas llegaron a Mallorca el 3 de agosto sin ningún percance importante. Y, despedidas por el príncipe Doria, regresaron desde allí a sus respectivas bases²⁴. Acababa de esta forma tan frustrante la gigantesca expedición orquestada por el joven monarca Habsburgo, sin que hubiera conseguido «reputación» alguna. Como podemos imaginar, Doria sería uno de los principales damnificados: el rey le retiró su confianza, y en las futuras expediciones navales de la Monarquía, las armadas se pondrían al mando de otros experimentados generales y almirantes. El viejo príncipe de Melfi moría solo cuatro años después, el 2 de febrero de 1606. El rey Felipe III tardó más de cinco meses en darle el pésame a su hijo Carlo²⁵.

La alianza con el rey de Cuco y la segunda oportunidad de atacar Argel

Al comienzo de la primavera de 1602 se volvió a contemplar la posibilidad de una nueva empresa de reputación que diera gloria al rey Felipe III. En la reunión del Consejo de Estado de 11 de abril se estudiaron las tres alternativas más viables: Irlanda, Inglaterra y Argel²⁶. El adelantado de Castilla y el almirante Diego Brochero apostaban por una intervención en el Atlántico con las escuadras de galeras, que tan buen resultado le estaban dando a Federico de

(23) AGS, Estado, leg. 1431, nº 137.

(24) PÉREZ BUSTAMANTE: ob. cit., p. 389.

(25) AGS, Estado, leg. 1932, nº 140.

(26) *Ibidem*, leg. 1953.

Spínola contra los holandeses. Se decidió concentrar estas embarcaciones en El Puerto de Santa María pues, aparte de disuadir a los ingleses de realizar ataque alguno contra las costas españolas en represalia por la intervención en Irlanda, servirían para iniciar la posible expedición al Atlántico.

Las escuadras de Génova, Nápoles, Sicilia y España debían trasladarse de nuevo hacia el golfo de Cádiz pero, una vez más, la llegada de estas unidades se demoró más de la cuenta, de modo que la posibilidad de trasladarlas al Mar del Norte se hizo cada vez menos practicable, pues la aparición del mal tiempo hacía dicha travesía muy peligrosa. Hubo entonces un cambio de planes y se comenzó a considerar la propuesta del rey de Cuco de un nuevo intento sobre Argel, en el que los indígenas norteafricanos atacarían la ciudad corsaria por el interior con el apoyo de la poderosa fuerza naval al servicio del rey de España.

El reino de Cuco era una especie de confederación de tribus bereberes aglutinadas en torno a la soberanía de la familia Ben el-Cadi, y estaba asentada en el interior, en la zona montañosa del Atlas Teliano. Durante el siglo XVI había sabido mantenerse independiente tanto de los turco-argelinos como de los españoles, aunque sosteniendo cierta colaboración con la regencia argelina, que con el tiempo se convirtió en una amenaza para su supervivencia. Es por eso por lo que, desde finales de ese siglo, el reino iniciará un acercamiento a España. Pierre Boyer sitúa los primeros contactos entre la Monarquía española y los reyes de Cuco hacia 1594²⁷, contactos que, tras un periodo de tanteo, cristalizaron en una oferta firme de colaboración para una posible intervención militar contra Argel en los primeros años del siglo XVII.

En los años de 1601 y 1602, los enviados del rey de Cuco como embajadores –dos de sus hijos, que se ofrecieron como rehenes en Valencia para mayor seguridad del acuerdo– negociaron en la Corte el apoyo de Felipe III. Sin embargo, el monarca español no se fiaba del todo de esta propuesta, por lo que envió allí como embajador al fraile franciscano Mateo de Aguirre, para que verificara la viabilidad del apoyo de los bereberes²⁸.

La movilización de recursos y el amago de nuevo ataque a Argel en 1602

Mientras tanto, en los meses de julio y agosto, las diversas escuadras de galeras fueron llegando al golfo de Cádiz. También se remitieron cartas a las autoridades de las ciudades litorales para que comenzaran a aprestar hombres, armas y vituallas con destino a la expedición. Se embargaron naves en Sevilla y se levantaron compañías. En Cartagena, el proveedor requisó también embarcaciones –con la protesta de sus propietarios–, y se recibió una petición

(27) BOYER, Pierre: «Espagne et Kouko. Les négociations de 1598 et 1610», *Revue de l'Occident musulman et de la Méditerranée*, núm. 8, 1970, 25-40.

(28) Sobre la actividad de fray Mateo de Aguirre en el reino de Cuco, DEYÁ BAUZÁ: ob. cit., pp. 74-82.

del rey para que una compañía de 150 infantes embarcara en las galeras italianas²⁹. A Lorca se le exigieron otros 150 soldados³⁰, y a Murcia, otros tantos, a los que se sumaron la milicia de Caravaca y dos compañías semiprivadas: la mandada por Juan de Usodemar y la de Diego de Villaseñor Riquelme³¹. El reino de Valencia también colaboró generosamente con un tercio de infantería y alguna caballería³², al igual que el de Mallorca, tal como había hecho en 1601.

Pero en Argel estaban bien advertidos de la movilización de tropas y embarcaciones de guerra. Una extensa carta remitida al monarca español por un espía establecido allí le informaba de que, desde el 12 de abril, estaban llegando noticias sobre la preparación de una gran armada para atacar la ciudad argelina, primero a través de un morisco tagarino de Mostaganem al que había informado un cautivo español que habían capturado (día 12); después, por conducto de cinco caballeros principales que el rey de Fez había mandado a Argel para ofrecer su ayuda (día 16); más tarde, por dos moros que habían huido desde España y llegaron por la vía de Marsella (día 25), y por último, por otro moro enviado por los mercaderes de Fez, quien comunicó que las fragatas de Tetuán habían capturado un navío español de aviso que transportaba una carta del rey de Cuco para el monarca español que confirmaba los planes de la expedición contra la regencia berberisca (día 30)³³. Para verificar estas informaciones, el bajá y el diván enviaron en cinco galeotas a Morato Arráez y otros capitanes corsarios a «tomar lengua» de los movimientos de las escuadras cristianas. Morato Arráez se desplazó por las islas Baleares y las costas valencianas, murcianas y andaluzas, y en su periplo no tardó en descubrir que la expedición organizada por el rey español tenía visos de resultar un nuevo fracaso³⁴.

Con todo, las galeras al servicio del Rey Católico se pusieron en marcha el 3 de septiembre de 1602, embocaron el Estrecho y fueron recogiendo tropas y embarcaciones en Málaga y Cartagena, hasta llegar a Mallorca con un número final de 52 galeras y otras naves de transporte. El envío de bergantines exploradores a la costa africana confirmó lo que se temía: Argel y Bugía estaban totalmente preparadas para repeler un ataque que esperaban desde hacía tiempo, y en algunos casos habían conseguido reunir hasta 20.000 soldados para defenderse, además de reforzar las murallas y fortificaciones³⁵. Tampoco lo avanzado de la estación y la llegada del otoño aconsejaban exponer a un gran

(29) Archivo Municipal de Cartagena, Actas Capitulares, 2/07/1602.

(30) Archivo Municipal de Lorca, Actas Capitulares, 16/06/1602.

(31) RUIZ IBÁÑEZ, José Javier: *Las dos caras de Jano. Monarquía, ciudad e individuo: Murcia, 1588-1648*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia, 1995, pp. 89 y 340.

(32) Archivo de la Corona de Aragón, Consejo de Aragón, leg. 0567, nº 002.

(33) AGS, Estado, leg. 1431, nº 187.

(34) VELASCO HERNÁNDEZ, Francisco: «La razzia del corsario Morato Arráez en la costa murciana en agosto de 1602», *Murgetana*, núm. 125, 2011, 83-102, pp. 89-92.

(35) FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Armada española, desde la unión de los reinos de Castilla y de Aragón III*, Museo Naval, Madrid, 1973, p. 243.

peligro a las escuadras. Además, los informes que llegaban sobre el reino de Cuco hablaban de que los moros estaban en situación crítica y llevaban un doble juego con respecto a Argel y España³⁶.

El resultado final, por tanto, fue el mismo que el del año anterior: la expedición se paralizaba, la armada se disolvía, y muchas de sus unidades retornaban a invernar a Cartagena, a la vez que otras se volvían a sus puertos de origen. Una vez más, la ansiada empresa de reputación había fracasado y la idea de volver a sorprender Argel se retrasaría para años posteriores.

Conclusiones: un fracaso inexplicable

Un día antes de partir de Palma de Mallorca, el 28 de agosto, Doria escribía a Felipe III en estos términos: «El virrey [de Mallorca] tiene buena voluntad, ha servido bien y muchos años, mas por ser muy viejo es más tibio de lo que era menester en esta ocasión»³⁷. Se quejaba de él porque no había puesto el cuidado necesario en la guardia de la isla —a pesar de que le había insistido en ello—, y una fragata corsaria había desembarcado y apresado a tres lugareños, motivo por el que temía que pudieran dar la alarma en Argel. Afortunadamente, la fragata fue capturada poco después por una galera de la escuadra española. Estas palabras del anciano almirante genovés (tenía sesenta y dos años) con respecto al virrey mallorquín eran premonitorias y podían resumir sencillamente la actuación desafortunada que él tendría a la vista de Argel en los últimos días de agosto y primero de septiembre.

Es difícil entender la decisión que tomó Doria de abandonar la empresa cuando había hecho justo lo más complicado: reunir 60 galeras y más de 10.000 soldados sin ser visto, y presentarse a solo 30 millas de Argel. La excusa de la niebla que se levantó en la madrugada del 1 de septiembre no es razón suficiente para que un avezado marino, curtido en cientos de travesías mediterráneas, detuviese el plan de ataque y desembarco. Tampoco lo eran los vientos que dijo se levantaron después. Se trataba del primer día de septiembre, cuando la calma veraniega aún es persistente en todo el Mediterráneo, a pesar de que pueda producirse algún día aislado de viento. Este periodo no es comparable a los últimos días de octubre, donde sí pueden producirse fuertes tempestades, como le ocurrió al emperador Carlos V en los días 21 al 25 de ese mes del año 1541. En todo caso, si era tan fuerte la niebla y tan «ruines» los vientos, ¿por qué no lo intentó por segunda vez, manteniendo reunida la armada en alta mar, o incluso saliendo de un puerto no muy distante (Mallorca, Mesina o Palermo)? De hecho, volvió a Mallorca, y algunos capitanes, como Pedro de Toledo, le pidieron que reemprendiera la campaña; sin embargo, Doria decidió darla por acabada.

(36) ALONSO ACERO, B.: *Orán-Mazalquivir, 1589-1639: una sociedad española en la frontera de Berbería*, CSIC (Biblioteca de Historia), Madrid, 2000, p. 447.

(37) AGS, Estado, leg. 1431, n° 120.

Tampoco se entiende por qué no envió las avanzadillas, tal como se había planificado y decidido en el consejo de guerra del 28, esto es, las fragatas o falúas con los 300 arcabuceros que debían atacar la puerta de la ciudad con explosivos. El riesgo habría sido mínimo, y el coste, también. En el peor de los casos – con una tempestad tremenda– se hubieran perdido algunos de ellos, pero al menos se habría intentado. Y la otra excusa, la de que sus exploradores no habían encontrado un punto de desembarco, tampoco se sostiene, pues sabemos que en los años anteriores se habían enviado espías que describieron con precisión los mejores lugares para poner las tropas en tierra. Además, la expedición contaba con muchos colaboradores dentro de la ciudad (renegados), dispuestos a abrir las puertas que daban a la campiña y a conducir algunas tropas hasta allí para atacar por la retaguardia, según los informes secretos remitidos a la Corte desde la misma Argel³⁸. Otras muchas justificaciones de Doria, como el retraso acumulado por no estar preparadas a tiempo las escuadras de galeras de Nápoles y Sicilia, o por el mal estado de las de España, tampoco son suficientes para exculparle, puesto que al final todas llegaron a su destino y lo hicieron en pleno verano. De igual modo, tampoco era su objetivo combatir en una batalla naval contra otras galeras, sino solo desembarcar tropas, con lo cual poco importaba el buen o mal estado en que se encontraran algunas.

Visto todo ello, la única explicación que podemos encontrar a su nefasta gestión final de la campaña, aparte de su excesiva prudencia –o de una tibieza achacable a su vejez, como la que él imputó en su día al virrey de Mallorca–, fue el miedo a perder sus galeras, correspondientes al asiento que tenía concertado con el rey español desde tiempos del emperador Carlos. Esas 16 galeras que aportaba, y que no deben confundirse con las de la república de Génova, suponían una cantidad ingente de dinero anual cuya pérdida podía arruinar a la familia Doria y que, como es obvio, no estaba dispuesto a arriesgar.

En cambio, del proceder de la expedición de 1602 apenas podemos hacer una crítica importante. A lo sumo, achacarle que fue un gran error de cálculo, porque los argelinos estaban muy prevenidos al conocer la experiencia del año anterior, y además esa nueva «jornada» no contaba con el factor sorpresa como la otra expedición. Lo lógico habría sido demorarla algunos años, a la espera de que los argelinos se descuidaran. En verdad, bastante hizo su nuevo almirante, Juan de Cardona, que había sustituido a Doria, en llevar todas las escuadras reunidas con sus correspondientes tropas hasta Mallorca, y allí, una vez conocidos los informes que los espías habían remitido desde Argel y que desaconsejaban la acción, ordenar la dispersión de las galeras y el desembarque de los soldados.

El fracaso de Argel tuvo consecuencias directas a corto y largo plazo. Por lo pronto, se perdió una inmejorable oportunidad para dar un golpe de mano sobre la ciudad y tomarla cuando estaba desprevenida. Los planes que se ejecutarán en años posteriores (Luis Fajardo) ya no irán encaminados a la toma de la urbe berberisca –excepto la abortada «jornada secreta»

(38) *Ibidem*, n° 186.

de 1618-1619–, sino a la destrucción de su armada, fondeada en el interior del puerto. La conquista de este bastión corsario habría permitido eliminar al principal enemigo de los pueblos litorales del Mediterráneo y del área del Estrecho, y mejorado la seguridad en el tráfico naval y en la navegación comercial. Pero, lejos de ello, la metrópoli berberisca salió reforzada, y sus escuadras y defensas permanecieron intactas y más activas que nunca.

A medio y largo plazo, la llegada a esta regencia y a la de Túnez de piratas ingleses y holandeses como John Ward o Simón Danzer, que enseñaron a los berberiscos la forma de construir y manejar navíos de alto bordo a la usanza atlántica y de adaptarlos al Mediterráneo, supuso un nuevo impulso para las marinas corsarias, cuyas escuadras se apoderaron de la navegación en el viejo Mare Nostrum y en buena parte del Atlántico norte sin prácticamente oposición, al menos hasta bien avanzado el siglo XVII.

Bibliografía

- ALLEN, Paul C.: *Philip III and the Pax Hispanica, 1598-1621: The Failure of Grand Strategy*, Yale Historical Publications, New Haven-Londres, 2000.
- ALONSO ACERO, Beatriz: *Orán-Mazalquivir, 1589-1639: una sociedad española en la frontera de Berbería*, CSIC (Biblioteca de Historia), Madrid, 2000.
- : *Argel 1541. La campaña de Carlos V según Diego Suárez Montañés*, Polifemo Ediciones, Madrid, 2019.
- BELHAMISSI, Moulay: *Alger, la ville aux mille canons. Remparts et canons de la Casbah*, Editions ANEP, Argel, 2009.
- : *Histoire de la marine algérienne (1516-1830)*, Entreprise nationale du livre, Argel, 1986.
- BOYER, Pierre: «Espagne et Kouko. Les négociations de 1598 et 1610», *Revue de l'Occident musulman et de la Méditerranée*, núm. 8, 1970, 25-40.
- BRACCO, Raffaele: *Il principe Giannandrea Doria: conservator patriae libertatis, conte di Loano, fondatore di S. Agostino*, Génova, 1960.
- BUNES IBARRA, Miguel Ángel de: *Los Barbarroja: corsarios del Mediterráneo*, Alderabán, Madrid, 2004.
- D'ARANDA, Emmanuel: *Relation de la captivité et liberté du Sieur Emanuel d'Aranda*, París, 1662.
- DAN, Pierre: *Histoire de Barbarie et de ses corsaires...*, París, 1637.
- DE MESA GALLEGO, Eduardo: *La pacificación de Flandes. Spínola y las campañas de Frisia (1604-1609)*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2009.
- DEYÁ BAUZÁ, Miguel José: «La política mediterránea de Felipe III vista desde el archipiélago balear (1601-1608)», en MATA INDURÁIN, Carlos, y MÓROZOVA, Anna (eds.): *Temas y formas hispánicas. Arte, cultura y sociedad*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra (Biblioteca Áurea Digital [BIADIG] 28), Pamplona, 2015, 69-83.
- ELLIOTT, John H.: *La España imperial*, Vicens Vives, Barcelona, 1972.
- ESTEBAN RIBAS, Alberto Raúl, y SAN CLEMENTE DE MINGO, Tomás: *La batalla de Kinsale. La expedición de Juan del Águila a Irlanda (1601-1602)*, HRM Ediciones, Zaragoza, 2013.
- FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Armada española, desde la unión de los reinos de Castilla y de Aragón III*, Museo Naval, Madrid, 1973.
- FEROS, Antonio: *El duque de Lerma. Realeza y privanza en la España de Felipe III*, Marcial Pons Historia, Madrid, 2002.
- GARCÍA GARCÍA, Bernardo J.: *La Pax Hispanica: política exterior del duque de Lerma*, Leuven University Press (Avisos de Flandes 5), Lovaina, 1996.
- : «Ostende, Kinsale y Argel: tres empresas para Felipe III», en G.^a HERNÁN, Enrique, y otros (eds.): *Irlanda y la Monarquía Hispánica: Kinsale 1601-2001. Guerra, política, exilio y religión*, CSIC (Biblioteca de Historia), Madrid, 2002.

FRANCISCO VELASCO HERNÁNDEZ

- HAEDO, Diego de: *Topographia e historia general de Argel*, Valladolid, 1612.
- PÉREZ BUSTAMANTE, Ciriaco: *La España de Felipe III. La política interior y los problemas internacionales*, t. XXIV de *Historia de España* de Menéndez Pidal, Espasa Calpe, Madrid, 1996.
- RUIZ IBÁÑEZ, José Javier: *Las dos caras de Jano. Monarquía, ciudad e individuo: Murcia, 1588-1648*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia, 1995.
- TINNISWOOD, Adrian: *Pirates of Barbary: Corsairs, Conquests, and Captivity in the Seventeenth-Century Mediterranean*, New Cork, 2010.
- TURREL, Denise: Introducción a *Le Traité de Lyon (1601)*. *Cahiers d'Histoire*, núm. 46-2, 2001, 1-4.
- VELASCO HERNÁNDEZ, Francisco: «La razzia del corsario Morato Arráez en la costa murciana en agosto de 1602», *Murgetana*, núm. 125, 2011, 83-102.